

JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ
(coord.)

EL ANTIGUO EGIPTO
Sociedad, Economía, Política

Marcial Pons Historia
2009

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Abreviaturas	9
Prefacio	11
Nota sobre las palabras egipcias en el texto.....	13
Introducción por <i>José Miguel Parra Ortiz</i>	15
Capítulo I. La Prehistoria. Desde el Paleolítico hasta Nagada II, <i>Ana Isabel Navajas Jiménez</i>	37
Capítulo II. La aparición del Estado y la Época Tinita, <i>Josep Cervello Autuori</i>	69
Capítulo III. El Reino Antiguo, <i>José Miguel Parra Ortiz</i>	125
Capítulo IV. El Primer Período Intermedio, <i>Juan Carlos Moreno García</i>	181
Capítulo V. El Reino Medio, <i>Andrés Diego Espinel</i>	209
Capítulo VI. El Segundo Período Intermedio, <i>Juan Carlos Moreno García</i>	273
Capítulo VII. El Reino Nuevo I: la construcción del imperio, <i>José Manuel Galán Allué</i>	301
Capítulo VIII. El Reino Nuevo II: la Época Ramésida, <i>José Lull García</i>	389
Capítulo IX. El Tercer Período Intermedio, <i>José Lull García</i>	425
Capítulo X. La Baja Época, <i>José Miguel Serrano Delgado</i>	463
Notas.....	495
Cronología	511

Comentario Bibliográfico.....	519
Los autores	537
Índice de ilustraciones.....	541
Índice onomástico	549

PREFACIO

Desde el momento en que se perdió la capacidad para escribir la lengua egipcia en jeroglíficos, éstos se transformaron en un «secreto» que generaciones de estudiosos lucharon por desvelar. Así fue hasta 1822, cuando Champollion consiguió penetrar en él y abrir de nuevo la cultura escrita faraónica al escrutinio y estudio de los historiadores. Este hecho, unido a los abundantes textos dejados por aquélla, ha sesgado hasta cierto punto el modo en el que los egiptólogos se han acercado siempre a la cuestión de cómo presentar el objeto de su estudio: los documentos escritos eran prácticamente la única referencia utilizada, considerando a la arqueología más como una herramienta destinada a proporcionar inscripciones u objetos artísticos (entendidos como manifestaciones de la potencia cultural de los faraones) que como una fuente de información en sí misma. Matizada apenas por la historia del arte y su interés por los artefactos, esta tendencia ha continuado hasta nuestros días y ha hecho de la egiptología una disciplina atrasada metodológicamente respecto a otros campos de estudio del pasado. Esta circunstancia queda reflejada en los no muy abundantes manuales que sobre ella se han escrito, donde el hincapié se ha hecho, sobre todo, en los textos y la información fáctica que describen, apenas incidiendo en las circunstancias sociales o económicas que de ellos se desprenden.

No obstante, de algunos decenios a esta parte esta tendencia «filologista» de la egiptología está cambiando. Tras los trabajos pioneros de K. Weeks (como editor) en *Egypt and the social sciences* (1979) o de B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor y A. Lloyd en su *Ancient Egypt, a social history* (1983) son cada vez más las obras que se esfuerzan por estudiar otros aspectos de la cultura faraónica. Para ello se recurre a metodologías dispares, que van desde la antropología a la excavación de yacimientos, pasando por estudios de arqueología espacial, paleoclimatología,

etcétera, tal cual demuestran obras como *Anthropology & Egyptology. A developing dialogue* (1997), editada por A. Lustig; la obra de B. J. Kemp, *Ancient Egypt. Anatomy of a civilization* (1989¹), convertida ya en un clásico, o el trabajo de S. T. Smith, *Wretched Kush. Ethnic identities and boundaries in Egypt's Nubian empire* (2003); todo ello con la intención de proporcionar unas reconstrucciones históricas más precisas, fiadas y asentadas en una base documental cada vez más amplia y contrastada.

En el ámbito hispano, la dolorosa ausencia de la egiptología como ciencia de estudio académico ha tenido al menos una consecuencia positiva: los profesionales que actualmente comienzan a crear una escuela egiptológica en nuestro país están incorporando esta nueva tendencia a sus estudios, tal y como se refleja en sus publicaciones. Resultado de ello es el presente volumen, cuya intención es ofrecer al lector hispano un sucinto manual de la historia del Egipto faraónico escrito por egiptólogos españoles y en el cual el texto no se limite a ofrecer una mera sucesión de faraones y años de reinado, sino que indague también en los procesos de cambio de esa sociedad, procurando ofrecer una visión amplia no sólo del transcurrir factual de la misma, sino también de su evolución social, económica y cultural. Para conseguirlo se han utilizado estudios iconológicos e iconográficos (para comprender la ideología subyacente a las cerámicas predinásticas o la de los «documentos de la unificación»), de arqueología espacial (para entender mejor la malla de favores visible en el emplazamiento de las tumbas en torno a las pirámides), de redes de parentesco (para vislumbrar el verdadero poder ejercido por los nomarcas y los soberanos del Reino Medio o la aparición de los llamados «períodos intermedios»), de microhistoria (para comprender mejor la sociedad de finales del Reino Nuevo atendiendo a casos concretos de latrocinio o abusos de poder), de análisis literario (para entrever las verdaderas razones de la «herejía» de Amarna), etcétera. No obstante, los autores no se han olvidado de situar sus descripciones dentro de un marco de referencia cronológico y fáctico, con el cual esperamos que el lector pueda aprehender la evolución de la historia de Egipto de un modo general y distinto a como le había sido expuesta hasta ahora.

EL COORDINADOR

INTRODUCCIÓN

José Miguel PARRA ORTIZ

Además de cometer una barbaridad ecológica, cuando Nasser decidió construir la presa de Asuán (con la inestimable ayuda soviética) mató uno los elementos definidores del alma de Egipto, la crecida del Nilo. Desde la época prehistórica, la llegada de las regeneradoras aguas del río tras varios meses de desesperante escasez ayudó a dar forma y contenido a la ideología faraónica. Al fin y al cabo, «Egipto es un don del Nilo», como dijo Hecateo de Mileto en una frase hecha célebre después por Heródoto (*Historias*, II, 5).

En realidad, el Nilo que finalmente atraviesa Egipto es el resultado de la suma de varios ríos (fig. 1.1). El cauce principal, que mantiene un flujo constante de agua durante todo el año gracias a las incesantes lluvias de la región ecuatorial, nace en el río Kagera (Burundi) y tiene su fuente principal en el lago Victoria (Uganda). Se trata del Nilo Blanco, el cual aporta un 80 por 100 del caudal total del río durante la temporada seca, pero sólo el 10 por 100 durante la inundación. A su paso por la ciudad de Jartum se le une el caudal del Nilo Azul, que nace en las montañas de Etiopía (lago Tana) y es el responsable tanto de la inundación anual como de los ricos sedimentos que la acompañan. Son las lluvias caídas durante el monzón las que aumentan su caudal, hasta convertirlo en el 68 por 100 de las aguas del Nilo durante la crecida. Río abajo de la capital sudanesa se encuentra la última de las seis cataratas que definen el recorrido del Nilo por Nubia, visto desde la perspectiva egipcia¹. Precisamente entre la Sexta y la Quinta Cataratas se une al Nilo el último de sus afluentes, el Atbara, a trescientos kilómetros al norte de Jartum. También nace en las montañas de Etiopía y proporciona hasta un 22 por 100 de las aguas del río durante la crecida, pero en otros períodos del año puede llegar a secarse.

Las peculiaridades del caudal fluvial del Nilo fueron muy importantes a la hora de definir la técnica agrícola de los egipcios. Dado que el cauce del río es convexo, cuando llegaba la crecida las aguas repletas de ricos sedimentos en suspensión se desbordaban, inundando la llanura adyacente. Con rapidez, el limo se depositaba formando alargados montículos paralelos al curso del río, que alcanzaban alturas de entre uno y tres metros. Los egipcios comprendieron pronto que el modo más sencillo de cultivar la tierra era reforzar estos diques naturales y complementarlos con otros perpendiculares; creaban así grandes estanques artificiales de escasa profundidad, que se llenaban de agua por sí solos con la siguiente crecida del Nilo. Confinadas de este modo durante varias semanas, las aguas empapaban, limpiaban y fertilizaban el terreno antes de desaparecer absorbidas por la tierra y merced a la evaporación. Entonces los campesinos se apresuraban a labrar la tierra y sembrarla antes de que el calor la endureciera tanto como para volverla intrabajable. El proceso se repetía con pasmosa regularidad todos los años. A finales de junio, el incremento del volumen de agua que anunciaba la crecida llegaba a Elefantina, algo que tardaba entre cuatro y seis semanas en apreciarse en Menfis. El punto álgido de la inundación tenía lugar en septiembre, cuando las aguas podían alcanzar picos de hasta ocho metros de altura. Tras unas pocas semanas de caudal estable, durante las cuales Egipto parecía una gran lámina de agua encajonada por las montañas que lo separan de los desiertos circundantes, las aguas del Nilo comenzaban a descender lentamente hasta alcanzar su punto más bajo en mayo-junio.

La inundación coincidía de forma aproximada con un suceso astronómico importante, el orto helíaco de la estrella Sirio (Sepedet para los egipcios). Tras permanecer oculta a la vista durante setenta días, el día del solsticio de verano (21 de junio) la estrella era visible de nuevo en el firmamento justo antes del amanecer. A partir de este fenómeno y de la regularidad con la que llegaba la crecida, los egipcios crearon un calendario solar llamado «civil». El año administrativo comenzaba para ellos con la estación de *akhet* (la «inundación»), a la que seguían la de *peret* (la «salida», la época de la siembra) y la de *shemu* (la «sequía», la época de la cosecha). Cada estación estaba compuesta por cuatro meses de treinta días cada uno, a su vez divididos en tres semanas de diez días. Este total de 360 días quedaba completado con cinco días más llamados epagómenos. Como el ciclo solar tiene exactamente 365,25 días y los egipcios no conocían los años bisiestos, el calendario civil y el orto helíaco se iban separando a razón de un día cada cuatro años, no volviendo a coincidir hasta transcurridos 1.460 años civiles. A pesar de ser conscientes del desfase, durante la época faraónica los egipcios no hicieron nada para corregirlo, con los resultados que se pueden esperar y se describen en un texto de Época Ramésida:

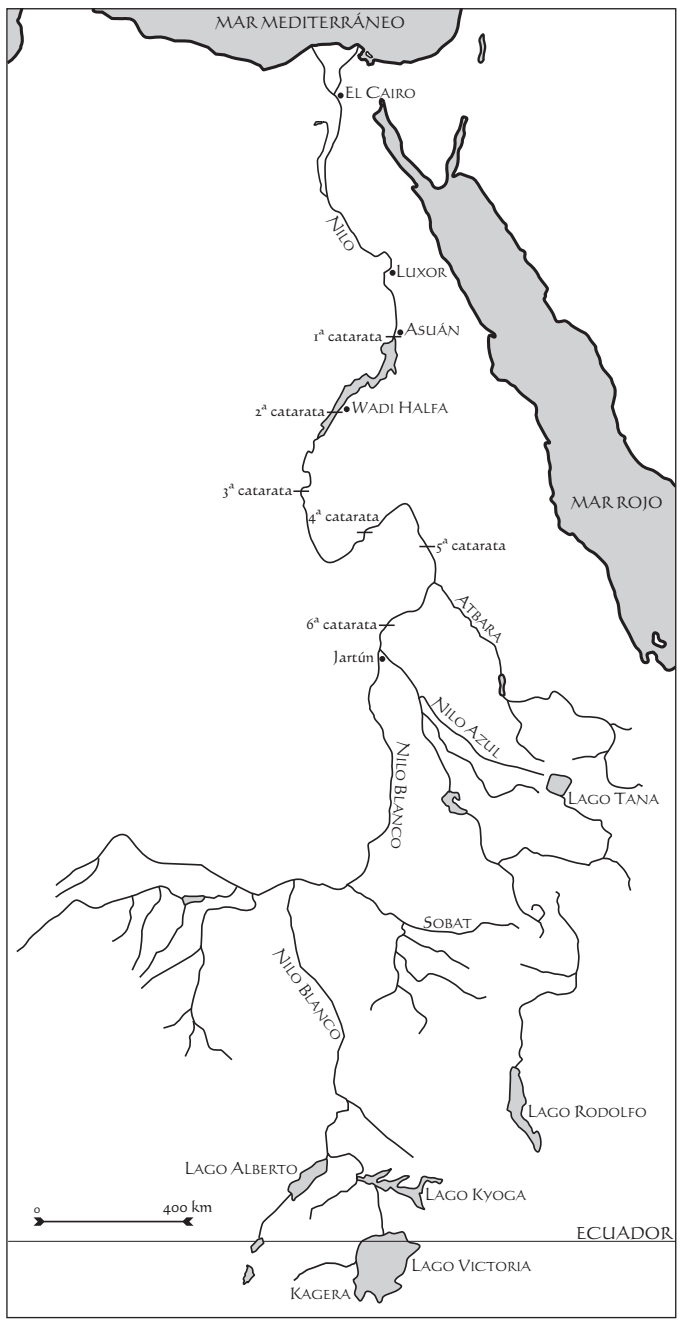


Figura 1.1. Las fuentes del Nilo.